



LLEVAMOS UNA BUENA NOTICIA EN EL CORAZÓN

El Evangelio de los domingos en las escuelas Franciscanas Ana Mogas

Cincuenta días después de Pascua los judíos celebraban una gran fiesta llamada de la Recolección: *“Observarás también... la fiesta de la recolección, al terminar el año, cuando recojas de los campos el fruto de tus fatigas...”* (Éxodo 23, 16). Era el momento de dar gracias a Dios y ofrecerle los primeros frutos de la cosecha, era una fiesta agrícola.

Pero a esta celebración se le añadió posteriormente un nuevo simbolismo: recordar y dar gracias a Dios por la Alianza del Sinaí, y la entrega de la ley a Moisés, como si hubiera tenido lugar cincuenta días después de salir de Egipto: *“He aquí que yo establezco una alianza; haré a la vista de todo el pueblo maravillas como no han sido hechas en toda la tierra, ni entre nación alguna. Todo el pueblo, en medio del cual estás, verá la obra de Yahvé, porque es grandioso lo que voy a hacer contigo...”* (Éxodo 34, 10-ss). La fiesta agrícola se convirtió en una fiesta con hondas raíces religiosas.

Los cristianos celebramos el día de Pentecostés, la venida del Espíritu Santo, pero podemos preguntarnos ¿es venida? ¿O es toma de conciencia de una presencia, de un dinamismo que transforma nuestra vida y la de la Iglesia? Hace 50 días hemos celebrado la resurrección de Jesús. No nos ha dejado huérfanos. La fiesta de hoy es una buena ocasión para acercarnos al misterio cristiano a través de las imágenes del Espíritu, de la ruah: viento, aliento, espacio, fuerza... Algo así es la obra de Dios en nuestra vida y en la comunidad.



Domingo de Pentecostés

Juan 20,19-23



Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos.

El primer día se refiere al domingo. Juan nos había dicho anteriormente que la madrugada del domingo María Magdalena fue muy temprano al sepulcro y lo encontró vacío. Un poco más tarde tuvo la experiencia de encontrarse con Jesús vivo y fue a dar testimonio. Al atardecer de ese “día” son los discípulos quienes tienen una experiencia similar.

Es normal que los discípulos estuvieran encerrados en una casa, porque era costumbre de los romanos que, cuando ajusticiaban a un judío, buscaban durante un tiempo a quienes habían comido con él. Las comidas compartidas eran un signo propio de la familia, de los amigos y de quienes eran cómplices en una tarea. No existían las comidas de compromiso, como actualmente. Por eso, **tras la última cena pascual, viene la desbandada, el miedo y todos se esconden**. Saben bien las consecuencias de haber formado parte del grupo de Jesús y haber comido con él: podían ser detenidos y ajusticiados, como había ocurrido muchas veces.

Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros.» Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor.

En este relato post pascual se cumplen las promesas reiteradas de Jesús: no les dejaría huérfanos, volvería, les daría una paz que no podía dar el mundo... La comunidad cristiana

experimentó que eso estaba ocurriendo ya. **Las señales de las manos y el costado**, produjeron escándalo durante muchos años en los propios cristianos y en quienes se acercaban a conocer la vida de las comunidades, porque eran la muestra de que Jesús había sido crucificado y se había convertido en un proscrito ante la ley. Ahora el relato de Juan nos muestra otra perspectiva: esas señales **despiertan alegría porque ya ven a Jesús desde otra perspectiva, después de la experiencia de la Pascua.**

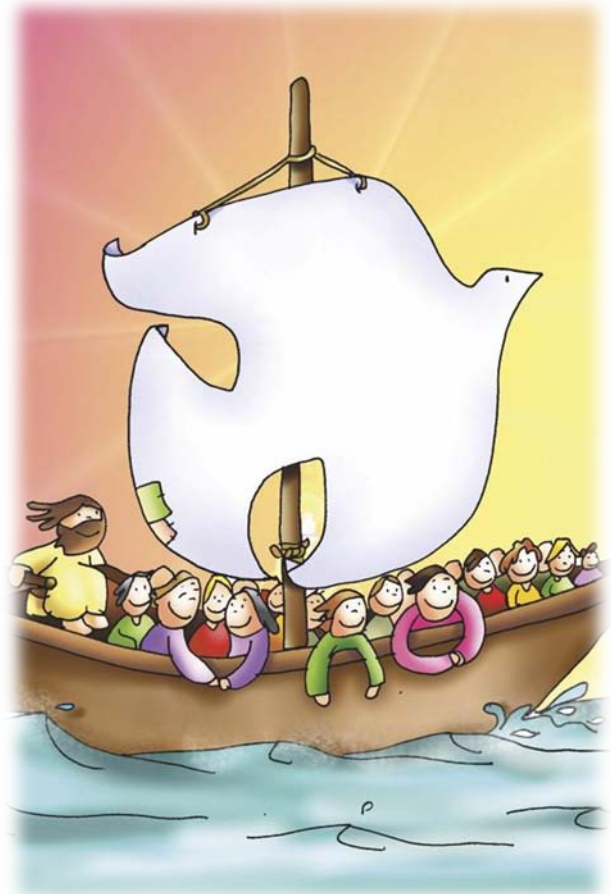
Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.» Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.»

La palabra Espíritu es un término latino, y se ha generalizado su uso. **En hebreo se habla de ruah, término femenino, que indica viento, aire, aliento, vida, amplitud, espacio ilimitado...** tienen unas connotaciones mucho más ricas que el término espíritu. Aplicado a la naturaleza se refiere al soplo del viento, de aire fresco que traía las nubes y la lluvia, que era una bendición. El término **evoca el misterio de Dios**, porque se nota que el viento está presente, pero no se le puede ver.

Cuando se aplica la acción de la ruah a los seres humanos se refiere al aliento de vida de Dios que hay en cada persona, a la **abundancia de Vida divina** que está presente en el interior de cada hombre y mujer y en la Historia. Puede ser muy sugerente trabajar este término en la escuela y en la catequesis, no nos limitemos a hablar sólo de espíritu.

El aliento tiene connotaciones muy profundas en el lenguaje bíblico. Nos habla de “una nueva creación” y nos remite al texto del Génesis sobre los orígenes míticos del hombre y la mujer. “*Entonces Dios formó al hombre del barro de la tierra, le insufló en las narices aliento de vida y así llegó a ser el hombre un ser viviente*” (Génesis 2, 7)

En el siglo VII antes de Cristo, cuando se escriben textos sobre la creación no podían concebir que Dios hubiera hecho a los seres humanos con algo que no fuera barro, porque era el material con el que fabricaban entonces las casas y utensilios. Pero era necesario “**el aliento de Dios**” para que ese barro cobrara vida y se



transformara en un ser humano, **a imagen y semejanza de Dios**.

En el texto del evangelio de Juan **es el aliento, la fuerza del Espíritu lo que les transformó de nuevo**. Un grupo de hombres y mujeres acobardados, escondidos, tuvo una experiencia muy profunda: la fuerza de Jesús estaba en cada uno de ellos y de ellas y en la comunidad. Ese aliento, ese dinamismo, les empujó a salir a predicar y a vivir como Jesús les había enseñado.

Celebrar Pentecostés no es recordar una experiencia de hace dos mil años, es tomar conciencia de que nuestra vida puede cambiar con la misma intensidad que cambió la de aquel grupo de hombres y mujeres. **¿Nos lo creemos? ¿Qué celebraremos hoy?**



Pistas para acoger la Palabra

1. Personalmente

No hay duda de que cada uno de nosotros, tenemos experiencia de este “aliento” del Espíritu que nos va transformando. Hoy, después de dejar que resuene en nosotros el evangelio, podemos preguntarnos:

- ¿Cómo cuidamos esa experiencia?
- ¿Alguna vez hemos tomado conciencia de que una fuerza interior, que no venía de nosotros, nos sacaba de nuestros miedos, cobardías, incertidumbres...?
- ¿Pedimos y nos preparamos para acoger cada día la vida de Dios en nosotros?
- ¿Cuáles son nuestros Pentecostés? ¿Y los de nuestra comunidad (religiosa, educativa, parroquial, de asociados...)?

Os invitamos a terminar reflexionando y orando con la Secuencia del Espíritu Santo. La tenéis al final y también en la canción: <http://youtu.be/xViulAMPPX4> “Ven Espíritu”

2. En la clase

En este enlace encontrarás actividades para celebrar y trabajar la Pascua y el pasaje del Evangelio en clase con tus alumnos.

https://docs.google.com/presentation/d/15ggZn5uclMnSoNgSOu2-pAPEW0QK7r1C4Q6tzjT_COE/edit?usp=sharing

3. En familia

- ➔ Después de leer el texto y sus comentarios podemos dialogar sobre lo que más nos ha sorprendido, lo que no entendemos, lo que más nos ha gustado...

- Podemos pararnos a contemplar-reflexionar sobre nuestra propia experiencia del Espíritu santo (os sugerimos las mismas preguntas del apartado 1)
- ¿Qué dones y frutos del Espíritu se hacen presentes en nuestra familia? ¿Cómo los expresamos? ¿Cómo los cuidamos?
- Os invitamos a terminar haciendo oración la secuencia del Espíritu Santo. Bien leyéndola con calma o escuchando la canción “Ven espíritu”

<http://youtu.be/xViulAMPPX4>

*Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.*

*Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.*

*Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.*

*Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,*

*si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.*

*Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas,
infunde calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.*

*Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno. Amén*